

## La consistencia especular del ser humano

Alberto Piñero Guilamani. Universidad de Valencia

El hombre es el único animal que es capaz de mirarse al espejo. Cuando un perro mira a un espejo, ve a otro animal y, si tiene acceso a un espejo, y lo mira con frecuencia, no ladrará a ese otro perro porque le resulta muy familiar, ¡lo ve constantemente! El ser humano es diferente de todos los demás animales. Cuando se mira al espejo, reconoce su imagen como suya, se ve a sí mismo, entiende que es él. En el propio lenguaje, empleamos construcciones sintácticas reflexivas para expresar lo que estoy diciendo. El animal “ve” en el espejo, el hombre “se ve”. Puede convenirse que cuando el primer homínido, viendo su imagen reflejada en el agua, se reconoció a sí mismo en ella, en ese preciso momento comenzó a existir el primer ser humano sobre la tierra. El homínido había saltado un abismo, hasta entonces infranqueable: por primera vez en la historia del mundo un ser vivo se había reconocido a sí mismo. Desde ese mismo momento pudo empezar a buscar un significante, en su lenguaje de los signos un gesto, en su lenguaje verbal una palabra, con la que expresar la imagen que percibía e identificaba como de su propio ser, ese significante verbal pudo ser inicialmente denominar a su imagen en la misma manera en que otros lo llamaban a él, en una inicial tercera persona<sup>1</sup>. Más adelante, cuando en su desarrollo verbal generó lo que hemos llamado “pronombre”, el significante aplicado tuvo que ir desplazándose desde la tercera persona con que inicialmente se podía haber referido a sí mismo hacia la “primera persona”. Ese significante verbal, esa palabra que buscó e inventó, es la que hoy en castellano llamamos “yo”, en caso nominativo, “me” y “mi” en casos acusativo y dativo, “conmigo” como una de las diversas modalidades de ablativo.

Ese inmenso salto de calidad implicaba la adquisición de una nueva consistencia psicológica, que aquí llamo “especular”. La capacidad del hombre de “reconocerse”, implica un a modo de desdoblamiento entre sujeto y objeto. En el homínido, como en cualquier animal, sólo había sujeto, para el cual todo lo percibido eran sensaciones y objetos. De esa percepción podía obtener un aprendizaje básicamente conductista, como por ejemplo, apartarse de lo que produce dolor, acercarse a lo que produce placer, incluso la instrumentalización de objetos o de leyes físicas para conseguir una finalidad<sup>2</sup>, por ejemplo, arrojar una piedra para golpear a mayor distancia que la del

---

<sup>1</sup> Del atavismo de hablar uno de sí mismo en tercera persona quedan hoy muchas huellas en las relaciones de comunicación entre seres humanos. Un número importante de personajes famosos, sobre todo del mundo del deporte y de la canción, pero no solamente de esos ámbitos, suelen emplear la tercera persona cuando hablan en público de sí mismos. Resulta a veces patético percibir las dificultades expresivas de quienes huyen de hablar de sí en primera persona, refugiándose en una tercera que, por misteriosas motivaciones, les resulta más expresiva y descriptiva. Ese autoreferirse en tercera persona suele ser empleado fundamentalmente, cuando la persona que habla de sí mismo se pone a la defensiva, porque en acto o en potencia se siente atacado.

<sup>2</sup> Baste recordar las investigaciones sobre el comportamiento animal que revelan el empleo de instrumentos por algunas especies de primates, o incluso de aves que alzan piedras con el pico para luego lanzarlas sobre huevos para así romper su cáscara, o el caso de quebrantahuesos, que se llevan en vuelo los huesos de las víctimas para arrojarlos sobre superficies rocosas desde las alturas y conseguir así que se rompan y quede a su alcance el tuétano, empleando para ello la experiencia de las leyes físicas acumulada por la especie.

brazo, o emplear un palo o una piedra para golpear otro objeto. Pero en el homínido, como en cualquier animal, nunca había sido posible una autoidentificación, porque para el sujeto, el objeto era otro. El nuevo ser transformado del homínido, pero entitativamente diferente a él, muy al contrario, había comenzado a autoperibirse, de modo que el ser percibido era “yo”, “me”, “mi”. Este cambio, esta *metanoia*, fue, sin duda, en un momento, en un instante, y no pudo originarse en experiencia previa alguna, ya que no cabía experiencia previa en un antes no percibido como tal. Al fin y al cabo el “antes” no es sino una construcción cultural humana basada en el recuerdo inicialmente animal.

¿Cuál fue la causa?, ¿cómo empezó todo? No lo sabemos, ni lo podemos saber, pero podemos intuir que, si un efecto no puede ser superior a su causa, tuvo que existir un impulso, un “élan”, un don, un pa/madre sujeto agente, para dotar al nuevo ser de las capacidades para iniciar el “big bang” de la naturaleza humana. Sin duda que nadie puede dar un salto cualitativo hacia un orden superior desde su propia interioridad porque, de ser así, eso comportaría estar ya, como mínimo, dentro de ese orden superior. Esta transformación, este salto cualitativo, tuvo que ser necesariamente causado por una fuerza exterior, tuvo que ser un don o una intervención desde fuera de su propio ser, tema en el que no vamos a inquirir en este momento, sino tan sólo dejar patente la realidad filosófica y epistemológica de que algo cualitativamente nuevo no puede crearse desde la nada anterior.

### 1. El “yo profundo” y “el yo imagen”

El espejo externo, físico, óptico, no es sino un referente evocativo del espejo interno, psíquico, propio de la óptica del espíritu, no porque no sea cierta la decisiva importancia de aquél, sino porque es la interiorización del espejo la que hace al ser humano. Ahí está el nacimiento del “yo”. La palabra “yo” es una de las que más cuesta decir a los niños cuando empiezan a hablar. Los niños empiezan refiriéndose a sí mismos por su propio nombre. Cuando a un niño, hacia los 20 meses de vida, unos poco antes, otros poco después, se le pregunta, ¿quién es este niño?, nunca contesta con un “yo”, sino que lo hace con un “Lucas”, si ese es su nombre. Su identificación de sí mismo es confusa, balbuceante, y no parece capaz, todavía, de referirse a sí mismo diciendo “yo”, ni gestual ni verbalmente. A los 23 meses, unos poco antes, otros poco después, empieza, aunque tímidamente, a emplear el “yo”, y a pronunciar micro-frases en presente de indicativo, primera persona. La palabra “yo” responde a un hablar de sí mismo reconociéndose. Es decir, implica la existencia de un espejo interior, o mejor expresado, es consecuencia de esa existencia. Este espejo presenta al hombre la imagen de sí mismo, de manera que cuando el hombre dice “yo”, está hablando de la imagen que de sí mismo tiene. En el fondo está hablando del yo que ve, siente y percibe. Es el *self* de que hablaban los mentores de la Escuela de Chicago y del interaccionismo simbólico norteamericano a finales del siglo XIX y principios del XX<sup>3</sup>.

Este decir “yo” es el comienzo de un diálogo interior permanente, al menos en la medida en que se está consciente, entre el “yo original”, al que aquí denomino el “yo profundo”, que existe desde el principio de modo inconsciente, y el “yo imagen”. El

<sup>3</sup> George H. Mead. *Mind, Self and Society: from the Standpoint of Behaviorism*. Chicago: University Press, 1934. [*Espíritu, Persona y Sociedad*. Buenos Aires: Paidós, 1962.]

“yo original” o “profundo” es incognoscible por el hombre en toda su amplitud y profundidad. Diríamos que el hombre no puede abarcarse a sí mismo, ni comprenderse totalmente, porque su realidad interior excede a su capacidad de conocimiento. Es por ello que su “yo imagen” no es sino una sistematización interpretada de su percepción sobre sí mismo, un verdadero constructo, nunca idéntico a su propia realidad, sino que contiene diferentes grados de lejanía y de modelización, según cada persona. Por eso la palabra “yo” es la más dicha por todo ser humano consciente: porque nada hay más importante, en las honduras de su ser, que ese diálogo constitutivo de su propia personalidad. Es más, la personalidad es el principal fruto de la existencia de ese diálogo.

Diríamos que el hombre, antes de ser social, es un ser conversacional, o mejor expresado, la primera expresión de la naturaleza social del ser humano es precisamente su permanente realidad dialógica entre él mismo, su “yo profundo”, y la imagen que de sí tiene. Esa dimensión conversacional es el verdadero espíritu del hombre, a través del cual, desde la identificación y valoración de su imagen a la luz de construcciones culturales y supraculturales a las que más adelante voy a hacer referencia, desarrollará su conciencia.

G. H. Mead, el más destacado Interaccionista Simbólico, lo plantea en los siguientes términos:

Lo que quiero destacar es la característica de la persona como objeto para sí. Esta característica está representada por el término “sí mismo”, que es un reflexivo e indica lo que puede ser al mismo tiempo sujeto y objeto... Se suponía que la conciencia poseía de algún modo esa capacidad de ser un objeto para sí misma. ¿Cómo puede un individuo salir fuera de sí (experiencialmente) de modo de poder convertirse en un objeto para sí? Este es el problema psicológico esencial del ser persona o conciencia de sí, y su solución se encontrará recurriendo al proceso de la conducta o actividad social en la que la persona o el individuo dado está implicado<sup>4</sup>.

El problema de Mead, lo que le detiene y le imposibilita alcanzar cotas más profundas, es la consideración meramente existencial y psicológica de algo que, a mi modo de ver, es esencial en la naturaleza del hombre. El hombre es un conjunto relacional entre un “yo profundo”, un “yo imagen”, y una realidad conversacional entre ambos. Es un solo ser, no un compuesto, pero con una realidad tridimensional<sup>5</sup>. Dicho de otra manera, la consistencia especular del hombre hace de él un ser trinitario, lo que constituye su esencia natural, sin necesidad de acudir a explicaciones sobrenaturales que, en todo caso, intuyo podrían ser armónicas, aunque situadas en un plano radicalmente diferente.

Este carácter especular del individuo humano, de una manera u otra ha sido reconocido por el pensamiento filosófico a lo largo de la historia, desde el diálogo interno que significa el “conócete a ti mismo” de Sócrates hasta el “Ser-en-sí-y-para-sí” de los existencialistas heideggerianos, pasando por los *vestigia trinitatis* en San Agustín<sup>6</sup> y el “*Cogito, ergo sum*” de Descartes<sup>7,8</sup>.

<sup>4</sup> Citado por J. Beriain y J. L. Iturrate. *Para Comprender la Teoría Sociológica*, parte titulada, *Espíritu, Persona y Sociedad*. Estella: EDV, 1998. p.141.

<sup>5</sup> Este concepto no tiene nada que ver con el de hombre tridimensional que aparece en la literatura reciente.

<sup>6</sup> Agustín de Hipona. *Sobre la Trinidad*.

<sup>7</sup> Más tarde, G. E. Lessing, siguiendo un método que ya había usado Anselmo de Canterbury, inspirado a su vez por las analogías psicológicas de Agustín, fundamentará el carácter trinitario de Dios en la autoconciencia que éste

En un contexto diferente, el de la Sociología, esta profunda realidad antropológica y existencial ha sido estudiada con mayor detalle por la corriente denominada Interaccionismo Simbólico, basada en la Teoría de la Acción Social, que surgió alrededor de la Escuela de Chicago en las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, con representantes como Charles H. Cooley<sup>9</sup>, quien acuñó la expresión “yo del espejo” (*self of mirror*), y el propio George H. Mead cuya concepción del tema ha sido citada en líneas anteriores y, más recientemente, Erwin Goffman<sup>10</sup>.

En su diálogo permanente entre el yo profundo y su imagen, el hombre desarrolla todas sus capacidades espirituales. El diálogo toma como base el recuerdo, la memoria, sobre el que construye su “antes”, construcción ésta que ya es cultural plenamente humana, que le permite diferenciar los tiempos, y a sí mismo en función de los diferentes tiempos vividos. De hecho, ese reconocimiento del “yo antes”, basado en el recuerdo, la memoria, es la base para el desarrollo de las capacidades espirituales, el entendimiento, que le permite “comprender”, o lo que es lo mismo, “asociar”. Desde su propio enfoque sociológico, este proceso es también reconocido por el Interaccionismo Simbólico. Sobre ello dice G. H. Mead<sup>11</sup>:

No pretendo plantear la cuestión metafísica de cómo una persona puede ser a la vez “yo” y “mi”, sino investigar la significación de tal distinción desde el punto de vista de la conducta misma. ¿En qué punto de la conducta aparece el “yo” frente al “mi”?... Puede que haya en nosotros dos personas, una mejor y otra peor, pero eso, una vez más, no es el “yo” frente al “mi”, porque ambos son personas. Aprobamos a la una y desaprobamos a la otra, pero cuando hacemos surgir a una u otra, están presentes, para tal aprobación en su calidad de “mi”. El “yo” no aparece en el proscenio. El “yo” reacciona a la persona que surge gracias a la adopción de las actitudes de los otros. Mediante la adopción de dichas actitudes, hemos introducido el “mi” y reaccionamos a él como a un “yo”.

Y añade luego:

La forma más sencilla de encarar el problema sería haciéndolo en términos de la memoria. Hablo conmigo mismo y recuerdo lo que dije. El “yo” de este momento está presente en el “mi” del momento siguiente. Y aquí, una vez más, no puedo volverme con suficiente rapidez como para atraparme a mí mismo. Me convierto en un “mi” en la medida en que recuerdo lo que dije<sup>12</sup> (Ibid: pag. 145).

El hombre recuerda, y al hacerlo intenta comprender. En su realidad dialógica esencial, el hombre recuerda las fases anteriores de su diálogo consigo mismo, y asocia su memoria con su presente continuo, mide de algún modo su propia evolución, y recordando quién era, viendo quién es hoy, se plantea el a dónde va, y lo cuestiona. La imperfección del hombre, su incapacidad para comprender perfectamente su propia

tiene de sí mismo, estableciendo así un puente entre el concepto (moderno) de Dios como espíritu y la revelación cristiana del Dios trinitario (ver en G. E. Lessing. *Die Erziehung des Menschengeschlechts*, 1780), lo que nos lleva de inmediato a la exportación de la concepción trinitaria a todo ser que posea autoconciencia, aunque esté limitada, y por ende, al hombre.

<sup>8</sup> Ver también, M<sup>a</sup> Carmen Dolby Múgica. *El hombre es imagen de Dios. Visión antropológica de San Agustín*. Eunsa, 2002.

<sup>9</sup> Ch. H. Cooley. *Human Nature and the Social Order*. Nueva York: Ed. Rev., 1922, p. 814.

<sup>10</sup> E. Goffman. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

<sup>11</sup> J. Beriaín y J. L. Iturrate. *Para Comprender la Teoría Sociológica*. p. 145.

<sup>12</sup> J. Beriaín y J. L. Iturrate. *Para Comprender la Teoría Sociológica*. p. 145.

realidad, así como su incapacidad para recordar fielmente todos los aspectos de su propio ser anterior, le causa inquietud y desazón. Se esfuerza por comprender, pero no acaba de conseguirlo, y esa situación interior le acaba llevando, a largo plazo, a la desesperanza, o a la esperanza de que algo o alguien superior aportará los elementos de comprensión a los que él, en su propia autonomía, no llega. Por eso hablamos del “yo imagen” como resultado de un “yo cognoscible” limitado, porque cuando el hombre piensa en “yo”, cuando el hombre, en suma, dice “yo”, está hablando de un ser que no es exactamente igual a sí mismo, si no lo que él identifica y comprende como sí mismo. El “yo” de quien yo hablo cuando digo “yo”, no soy “yo”, sino una imagen más o menos deformada de mi “yo”. Esta deformación no solamente se debe a su incapacidad de comprenderse en toda su extensión y profundidad, sino también, adicionalmente, al hecho de que el cristal del espejo está deformado por sus propios prejuicios y esquemas interpretativos por los que no está muy clara la línea divisoria entre realidad observada e interpretación de la misma.

Esta capacidad limitada, y a un tiempo incapacidad también limitada, de comprender su propio ser, que padece el hombre en la interrogación permanente de su propia imagen, se ve acentuada por un hecho universalmente patente. Cuando el hombre “reflexiona”, observa su “yo”, no se gusta, o al menos hay aspectos de su propio ser que no le agradan, o le avergüenzan, o incluso le repugnan. Esta situación la observamos fundamentalmente en la vida del ser humano, a partir del final de la niñez y el inicio de la adolescencia. De hecho la adolescencia se podría definir en función de sus fenómenos como la etapa en que el hombre comienza a vivir intensamente su consistencia especular. No estoy hablando solamente del espejo interior; todos sabemos que es precisamente en la adolescencia cuando chicos y chicas descubren su propio cuerpo, y se miran en los espejos de su cuarto de baño, o de su habitación, cuando están solos, y son tremendamente sensibles a la reacción de gusto o disgusto que les provoca su propia imagen. Entre ese despertar a la propia imagen corporal y el despertar a la propia imagen interior, se encuentra entrelazado el despertar a la propia imagen social, ante los demás, pero éste es un asunto en el que incidiré más adelante.

Esto acontece en el adolescente de forma evidente, pero de hecho es la manifestación del descubrimiento de sí mismo, y del placer o la contrariedad que le produce su examen. De hecho siempre hay actitudes de contrariedad respecto a algunos aspectos de la imagen percibida. Lo que sucede con el adolescente permanece, de manera más o menos elaborada, acentuada o atenuada, en el hombre como totalidad, porque si el recién salido de la niñez descubre, inicialmente, su propio cuerpo, ya desde antes, desde que era niño y empezó a decir “yo”, hasta que su electroencefalograma se alisa, desarrolla el proceso, lento y profundo, del descubrimiento de su ser total, la aproximación a su “yo profundo”, a partir de cuya imperfecta observación elabora su “yo imagen”, del cual el cuerpo no es sino la dimensión más accesible a los sentidos, la expresión del ser individual, personal.

La percepción de la propia imagen varía a lo largo del tiempo, porque el “yo profundo” se va transformando, porque las deformaciones y turbiedades en el espejo de nuestra percepción también van cambiando, y como consecuencia el diálogo interior va encontrando nuevos argumentos, y desgranando de otra forma los antiguos. Esta dinámica es fundamental, porque implica que el hombre se encuentra incesantemente ante sí mismo como ante un ser en parte recordado, en parte desconocido, a quien

hoy, súbitamente, no comprende, en aspectos de su ser y su existir que creía comprendía. Esta incertidumbre le obliga a la búsqueda.

## 2. La formación del "yo ideal"

Ese gustarse o disgustarse del "yo profundo" ante su "yo imagen" implica la existencia de algún tipo de referencia. En efecto, el agrado o desagrado por algo está íntimamente relacionado con la posibilidad de compararlo con otro algo, sea material o inmaterial, sea cosa o experiencia. Para desarrollar las sensaciones de agrado y desagrado es precisa la existencia de algún tipo de ente referencial, sobre el que sustentar una comparación. Los griegos le llamarían un *Kanón*<sup>13</sup>. Platón intuye el problema y plantea su teoría de la reminiscencia o ideas innatas, por las que el hombre, de alguna manera, y dicho muy sintéticamente, recuerda lo ideal de los valores universales, como por ejemplo, la bondad, la belleza, o la utilidad<sup>14</sup>. Desde una perspectiva religiosa, una teología cristiana, no exclusivamente católica, ha planteado que, en el ámbito de los principios y de los valores, Dios ha insertado en la mente y en el corazón del hombre, en su conciencia, los valores universales que permiten distinguir lo bueno de lo malo<sup>15</sup>. En el pensamiento iusnaturalista contemporáneo nos encontramos con la creencia, no necesariamente de origen religioso, de que existe una ley natural, expresable en un derecho natural, que todo hombre lleva grabada en su propia naturaleza humana y que a todos obliga, sin el cual no es posible la construcción de una sociedad plenamente humana. Enfoques menos inmanentistas y más críticos sugieren que todo canon es transmitido en cada ámbito cultural por los agentes del proceso de socialización, quienes responden a la voluntad de la sociedad, de sus personas y de sus instituciones, de reproducir el modelo y desarrollarlo desde una línea de continuidad.

El canon tiene, básicamente, dos tipos de contenidos: éticos y estéticos. El hombre no se plantea los temas desde esa concepción analítica, y los límites entre ambos suelen estar considerablemente borrosos o difuminados, pero no por ello es menos cierto que esos son los contenidos. Como consecuencia, el canon asumido, sea cual fuere su origen, permite al ser humano establecer un "yo ideal", que aplicado por el hombre al examen del propio yo, a su yo cognoscible, revela las diferencias. En la relación dialógica, conversacional permanente, entre el "yo profundo" y el "yo imagen", la aplicación del yo ideal es la que revela diferencias y causa desazones, ansiedad y sufrimiento.

Lo que quiero señalar con todo el excurso anterior es que en esa relación dialógica del hombre consigo mismo, en esa conversación permanente ante el espejo interior, en ese desagrado o no conformidad con lo que cada hombre percibe como el propio ser, se esconde una conciencia profunda de una dimensión ética y otra estética, que coinciden en su efecto: aquello que se plantea como lo bueno o como lo bello, que agrada,

<sup>13</sup> En la Roma del siglo I encontramos el uso coloquial de la palabra "canon" como norma o referencia ejemplar para la comparación, por ejemplo cuando Tácito adjetiva a Petronio como "árbitro de la elegancia", consejero de Nerón en materia de "buenas maneras", persona que en la Roma imperial imponía el "canon de la elegancia". Ver Tácito. *Anales*. Intr., trad. y n. de J. L. Moralejo, Madrid 1984. p. XVI.

<sup>14</sup> Ver en Platón, *Diálogos*, los *Hípías Mayor*, *Alcibiades I*, *Protágoras*, *Gorgias* y *Filebo*, como diálogos fundamentales para esta cuestión.

<sup>15</sup> En los escritos del Nuevo Testamento atribuidos a S. Pablo, especialmente en la epístola a los Romanos, se encuentra claramente esbozado este argumento

frente a aquello que se percibe como lo malo o lo feo, que desagrada<sup>16</sup>. Lo que agrada, reconforta; lo que desagrada, desmoraliza, o incluso desespera en la medida en que su percepción choca frontalmente con el canon, en un aspecto del propio ser que aparece como fundamental. En todo ello se cruza un tercer valor que se suele elevar a la categoría de universal: lo útil. En muchas ocasiones, en la medida en que el hombre no alcanza la distinción entre lo bueno, lo bello, y lo útil, a que antes hacía referencia, o en la medida en que invierte su escala de valores y antepone el tercero o el segundo al primero de esos valores, la distinción entre lo bueno y lo malo como fuente de elección, es reemplazada por la que se establece entre lo bello y lo feo, o por lo útil o inútil<sup>17</sup>. Esa realidad existencial implica la percepción de la diferencia entre la imagen que veo en mi “yo”, y la imagen que quisiera ver, porque ese elemento ético profundo, o estético, o utilitarista, hace al hombre ansiar la perfección, y detestar lo imperfecto, entendido lo perfecto o imperfecto desde su valor dominante. El hombre quisiera ver un “yo” perfecto, y encuentra un “yo tarado”, y la diferencia se le antoja profunda, en ocasiones insalvable, en todo caso un abismo. A ese “yo perfecto”, objeto de deseo, lo denomino el “yo ideal”, y para alcanzarlo es preciso abrazar un canon. Digo abrazar porque, a la postre, los cánones, sean éticos, estéticos, utilitaristas o de otra índole que pudiéramos definir, son o no objeto de adhesión, concretamente de adhesión espiritual, porque es el espíritu del hombre el que se aferra a ellos, cual si de una cuestión de fe se tratara.

De esa relación del yo conmigo, sujeta a un elemento ético, estético o utilitarista, nace una dinámica entre mi “yo profundo”, y la imagen que de él percibo, a la que he llamado mi “yo imagen”, el cual, sin duda, forma parte substancial del propio ser personal en la misma medida que el “yo” primero. Es una dinámica espiritual, tanto como lo son ambos yoes; es una dinámica activa, en la medida en que determina al hombre a la acción sobre sí mismo; lo podríamos describir como el espíritu del yo, la expresión de su vida, el espíritu del hombre<sup>18</sup>.

A lo largo de su vida, al hombre le son presentados una sucesión de cánones. De ellos brotan una infinidad de opciones que les son consecuentes. Cada ser humano está en disposición de elegir entre todo ello aquello que más le convence. Unos elegi-

---

<sup>16</sup> Es admirable, en los diálogos de Platón, el esfuerzo dedicado por Sócrates a distinguir entre lo bueno, y otras categorías aparentemente cercanas, como lo bello y lo útil. Este esfuerzo no parece haber penetrado en todas las corrientes actuales de pensamiento y de acción política herederas en mayor o menor medida del utilitarismo de Bentham y del darwinismo social de Spencer.

<sup>17</sup> Valga un párrafo de los “Principios de Moral y Legislación”, de Jeremy Bentham, publicados en 1787, y traducidos al español por primera vez en 1823, por el profesor de la Universidad de Salamanca, Dr. Ramón Salas: “Vuestro objeto único es buscar el placer y evitar el dolor. Estos sentimientos eternos e irresistibles deben ser vuestro gran estudio. El principio de la utilidad lo subordina todo a estos móviles; y la utilidad es el primer eslabón de la cadena de mi enseñanza. Mal es pena, dolor o causa de dolor. Bien es placer o causa de placer. Estas palabras, pena y placer, las tomaréis en su significación vulgar, sin inventar definiciones arbitrarias para excluir ciertos placeres o para negar la existencia de ciertas penas. Pena y placer es lo que todos sienten como tal, el labrador como el príncipe, el ignorante como el filósofo y como el marrano. La virtud no es un bien sino cuando ocasiona el placer; y el vicio no es malo sino cuando causa pena. Así, si en el catálogo vulgar de las virtudes (como los mandamientos del Decálogo) halláis una que os produzca más pena que placer, borradla y pasadla al catálogo de los vicios; y si en el catálogo de los vicios (como el de los siete pecados capitales) encontráis alguno que inocentemente os produzca placer, borrado y pasadlo al catálogo de las virtudes”. De la edición citada se vendieron en Iberoamérica más de 40.000 copias, y tuvo mucha importancia en el diseño de la política educativa bolivariana.

<sup>18</sup> No hay que olvidar que tanto desde una perspectiva clásica, como desde la de las escuelas de psicología no materialistas, la dimensión espiritual es intrínseca a la naturaleza del hombre, y no es necesario acudir a instancias sobrenaturales para sostenerla.

rán regirse por cánones principalmente éticos. Otros ponderarán superlativamente los estéticos. Muchos se inclinarán por los cánones utilitaristas, para lo que basta pasar de elegir lo que más convence a escoger lo que más conviene, tal vez porque llega un momento en que lo que más convence es lo que conviene<sup>19</sup>. Otros muchos harán probablemente un ejercicio de sincretismo por el que elegirán lo que les parece mejor, o más bello, o más útil, de cada canon. De todo ello el hombre extrae los materiales para construir su “yo ideal”.

Ese “yo ideal” no va a ser necesariamente bueno, o bello, o útil, porque su configuración dependerá de la escala de valores de cada persona, y si una de ellas ha antepuesto el valor bondad, es más probable que su “yo ideal” sea bueno, pero si ha antepuesto el valor utilidad, lo probable, por motivaciones de mera lógica formal, es que su “yo ideal” no esté cerca de lo éticamente bueno, ya que en buena parte de los casos la concreción de lo útil dista bastante de ello.

Si volvemos a la comparación con el adolescente, diríamos que cuando, ante su espejo, y sujeto a la fuerza de sus emergentes valores estéticos, se ve con acné, y con algo más de grasa de la que desearía, se ve feo o, en lenguaje típicamente adolescente, horrible. El posee un canon en el que el acné, y la grasa mal repartida por el cuerpo son vistos estéticamente como negativos, feos, y eso le hace sentirse frustrado, incluso desgraciado. Rechaza su propio yo, tal como lo percibe y conoce. Advierte un abismo entre el yo que querría ser, el “yo ideal”, y el “yo imagen” que percibe que es. Y se encuentra ante la llamada a hacer algo que, sin embargo, se le antoja difícil, incluso irrealizable. Llevemos este tal vez vulgar pero claro ejemplo a nuestro ser total, a nuestro espejo interior, y entenderemos plenamente la situación del hombre ante sí mismo, y ante la diferencia entre lo que es y lo que quisiera ser, entre cómo es, y cómo quisiera ser.

La construcción del “yo ideal” también discurre en el tiempo. Los diferentes cánones u opciones éticas, estéticas y utilitarias que se ofrecen a cada hombre no se dan simultáneamente como en un relámpago intemporal, sino que van presentándose ante su inteligencia a lo largo del tiempo. Unos proceden de impactos externos, otros son constructos que él mismo se hace en función de su propio contexto cultural, algunos, por último, son quizás producto de su propia elaboración, lo que convendremos si aceptamos la razonabilidad, al menos en alguna medida, de las tesis que no sé si con acierto antes he llamado inmanentistas. El hecho es que el “yo ideal” varía en el tiempo, se transforma, e incluso, en la medida en que pueda haber impactos externos cualitativamente capaces, puede sufrir una *metanoia*, dar un salto cualitativo. Diría que ese salto cualitativo se da cuando la ordenación de los valores mediante los que el hombre ordena las opciones que se le presentan cambia substancialmente. Por ejemplo, en quien, habiendo antepuesto siempre el valor utilidad al valor ética, decide cambiar esa escala, lo que lleva a una reordenación radical de todas sus opciones de vida. También, naturalmente, existe salto cualitativo cuando un cambio de esas características sucede a la inversa, o con otros valores como la estética como objeto del cambio<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Este sentido tiene el aforismo, “vive como piensas, o acabarás pensando como vives”.

<sup>20</sup> La trinidad constituida por el “yo profundo”, el “yo imagen”, y la dinámica dialógica entre ambos es el hombre. El “yo ideal” es un constructo de ese hombre. Así, la distancia conceptual es inmensa. El “yo ideal” es la formulación del deber ser que cada hombre se hace en cada momento de su vida para sí mismo. Puede ser posible o imposible. Puede tener calificativos éticos, estéticos o utilitaristas variopintos, pero como constructo no es el ser, sino que está al servicio del ser. Esta aclaración es necesaria para no errar en la discusión de los contenidos.



### 3. Los otros

Cada hombre está entre otros hombres, dentro de una sociedad en la que hay también instituciones y entidades que, habiendo sido creadas por seres humanos, son algo más y diferente que la suma aritmética de los mismos. De la misma manera que el hombre va autoidentificándose ante el espejo, y no se gusta en la medida en que su “yo imagen” no se identifica con el “yo ideal” que se va configurando al asumir un canon concreto, también percibe que hay otros que, individualmente y agrupados en instituciones y entidades, le ven y, más que eso, le miran, y más todavía, le observan. Por otro lado, el ser humano observa la sociedad en que vive, es decir, a los demás hombres, y a las entidades e instituciones en que se agrupan, porque sabe que él mismo forma parte del conjunto, donde desarrolla, o puede desarrollar en el futuro, algún tipo de estatus y de roles determinados.

En este proceso de observación, que vive como mutuo, se siente sujeto, es decir, agente, pero también objeto, es decir, paciente. Sujeto en la medida en que puede ser protagonista de su penetración y presencia entre los demás. Objeto en la medida en que hay fuerzas que son más poderosas que él mismo, que le condicionan, le traen y le llevan, sin que su anuencia sea precisa para que ello suceda. Como sujeto se siente con posibilidades, como objeto se siente alienado. Su condición de sujeto le permite orientar su propia vida a través de sus pensamientos, sus actitudes y sus actos. Su condición de objeto le invita tan solo a dejarse llevar, dejar hacer. La conjunción de ambas realidades, que prevalecen en mayor o en menor medida la una sobre la otra para cada hombre en cada instante de su personal historia de vida, le llevan a comparar su “yo imagen”, con el canon que cree imperante en la sociedad en que vive, o en el grupo social con el que se siente afín, y como consecuencia, a elegir una imagen social ideal, que diríamos es la pantalla exterior que considera ideal para sobrevivir con éxito. Es lo que denomino aquí el “proyecto de imagen social”. El “proyecto de imagen social” tiende siempre a lograr que la dimensión propia como sujeto, dentro de la sociedad, sea mayor, predomine, sobre la dimensión de objeto, porque todo hombre, por su propia naturaleza, tiende a ser sujeto, y percibe como un vacío de sí mismo su reducción a la condición de objeto, cuyo extremo es el anonadamiento, la reducción a la “no nada”, al vacío existencial. La mera existencia del “proyecto de imagen social”, en la medida en que se aparta del “yo imagen” y no pretende la corrección del yo sino la presentación social de una película, constituye la instauración de la mentira en la vida del hombre, al menos de un cierto nivel de mentira.

Pero cuando el hombre construye su “proyecto de imagen social” de acuerdo con el canon que ha asumido, la validez de la construcción depende de la del canon, porque no todos los cánones permiten la realización como sujeto del “hombre”, al menos si lo consideramos desde la interpretación genesiaca actual de *cada hombre, todo el hombre, todos los hombres de todos los tiempos*. Por ejemplo, los cánones, hoy vigentes en buena parte de nuestro mundo económico occidental, que establecen que los objetivos primordiales del ser humano son el éxito económico y social, y el alcance de las cuotas de poder más altas que sea posible, llevan al hombre a hacer realidad la proposición hob-

bessiana del “hombre lobo para el hombre”<sup>21</sup>, lo que en modo alguno parece acorde con el desarrollo del ser humano en armonía ni con la naturaleza ni con los demás. En efecto, aun cuando se pudiera aceptar que este tipo de canon lleva a algunos hombres al éxito, es bien cierto que por contrapartida, y por la propia naturaleza de la teoría de la acción que le subyace, lleva a muchos, probablemente a la mayoría, a ser reducidos a estricto objeto, necesario con necesidad de medio para asegurar el éxito de los primeros.

Cuando el hombre, desde niño, se va interrogando sobre su papel en la sociedad, primero en la propia familia, pero casi simultáneamente en la escuela, después en el grupo de iguales, y más adelante en la sociedad organizada y en sus entidades e instituciones, y va elaborando la información que recibe, asumiendo un conjunto de opciones que le permiten establecer un canon concreto, o asume por entero un canon determinado, se percata de que ese canon no es necesariamente coherente con el “yo ideal” que se está trazando, ni tampoco con su “yo imagen”. Eso le lleva a situaciones de disonancia. Sin embargo, si recordamos a Festinger, aceptaremos que el ser humano no puede permanecer largo tiempo en situaciones de disonancia.

La disonancia es... una condición antecedente que nos lleva hacia una actividad dirigida a la reducción de la disonancia; de la misma manera que el hambre nos lleva a una serie de actos que se orientan a quitar el hambre. Esta motivación es muy distinta de la que los psicólogos están acostumbrados, pero (...) no es menos poderosa<sup>22</sup>.

La disonancia genera en el hombre inquietud y ansiedad, que no son compatibles con su propia realización y construcción. El problema que se plantea es que, lógicamente, la eventual elaboración de un “proyecto de imagen social” diferente del “yo ideal” no resuelve en absoluto las disonancias, antes bien, las profundiza y agrava. Por ejemplo, si un estudiante de nuestras universidades está construyendo un “yo ideal” sobre la base de la solidaridad como valor básico y fundamental, y percibe en su entorno que la mejor manera de garantizarse un buen futuro es la asunción de la competitividad como valor máximo, e intenta elaborar una imagen social, un “proyecto de imagen social” inmediatamente entrará en disonancia. Esta situación se podrá resolver mediante modificaciones del “yo ideal”, o bien en el “proyecto de imagen social”, o bien en ambos, pero la sociedad actual nos da abundantes muestras de que es posible, e incluso frecuente, la solución esquizoide de mantener un “yo ideal” privado, completamente distinto del “proyecto de imagen social” que no es sino un instrumento utilitarista para el éxito social<sup>23</sup>. Así, el “yo ideal” estaría regido por valores de ética más o

<sup>21</sup> Este aforismo no es original de Thomas Hobbes, sino de Plauto, que en su *Asinaria*, o *La Comedia de los Asnos* (495), pone en boca de un mercader, ante la extrañeza de Leónidas, -que por cierto se me antoja vigente, que se pregunta si no hay nadie en Atenas que piense que se le puede dar crédito correctamente y con equidad-, la respuesta siguiente, “Fortassis: sed tamen me numquam hodie induces, ut tibi credam hoc argentum ignoto. Lupus est homo homini, non homo, quom, qualis sit, no novit”, es decir, “Tal vez: pero nunca me convencerás de que te preste dinero, a ti, un desconocido. El hombre es un lobo para el hombre, no un hombre, que no conozco cómo es.”

<sup>22</sup> L. Festinger. *A Theory of Cognitive Dissonance*, Evanston, Illinois: Row Peterson, 1957. (Trad.: Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1975. p. 16).

<sup>23</sup> Basta comprobar la nómina de asesores de imagen de nuestros políticos, reveladora de una voluntad de presentar un película de política y de ética ficción, sin que tenga nada que ver con la realidad subyacente. La voluntad irrefrenada de poder conlleva la voluntad irrefrenada de engañar.

menos aceptables en su ámbito privado de convivencia, mientras que el “proyecto de imagen social” estaría regido fundamentalmente por el valor utilidad, y limitado por valores aceptables para el entorno social en que se desarrolle su actividad pública, especialmente económica y política.

De alguna manera ya en Cooley encontramos un antecedente muy preciso de la intervención de la presencia de “los otros” en la mente del hombre, a los efectos de la modificación de su imagen ante la sociedad:

El proceso por el que el auto-sentimiento del tipo espejo se desarrolla en los niños puede seguirse sin mucha dificultad. Estudiando los movimientos de los otros tan minuciosamente como lo hacen, pronto ven una conexión entre sus propios actos y los cambios en los movimientos de los otros; es decir, perciben su propia influencia o poder sobre las personas... El pequeño actor aprende pronto a ser diferente ante diferentes personas, muestra que va adquiriendo personalidad y previsión de su actuación... En tales fenómenos aparece de modo claro y suficiente, según creo, el germen de todo tipo de ambición personal. La imaginación cooperando con el auto-sentimiento instintivo ha creado un “yo” social, que resulta ser el principal objeto de interés y esfuerzo<sup>24</sup>.

Este “yo social” de que habla Cooley es lo que yo he llamado aquí, creo que con más propiedad, “proyecto de imagen social”. Pero siempre desde la perspectiva que desemboca en la acción social Cooley atribuye la complacencia o mortificación con la auto-imagen, a la comparación con la imagen de los otros en mí. Afirma:

La comparación con el espejo, apenas sugiere el segundo elemento, el juicio imaginado, que es completamente esencial. Lo que nos mueve al orgullo o la vergüenza no es el mero reflejo mecánico de nosotros mismos, sino un sentimiento imputado, el efecto imaginado de este reflejo en la mente de otro. Esto es evidente, porque toda la referencia con nuestro sentimiento la produce el carácter y peso de ese otro, en cuya mente nos vemos. Nos avergonzamos al parecer despreocupados en presencia de un hombre responsable, cobardes en presencia de un hombre valeroso, groseros a los ojos de un hombre refinado, etc. Siempre imaginamos, y al imaginarlos compartimos, los juicios de otra mente<sup>25</sup>.

Pero el padre del interaccionismo simbólico comete un reduccionismo, interpreta los orígenes de la acción social solamente en base a la comparación con el otro cuya opinión sobre nosotros imaginamos, comparación que luego llevará a Festinger a enunciar el papel de la disonancia como motor de la acción. Mi tesis va más allá de Cooley, y retomando el enfoque del creador de la teoría de la disonancia cognitiva, establece que el hombre se nutre de diversas fuentes para elaborar su “yo ideal”, fuentes que son básicamente éticas, o estéticas, pero a continuación tiende a comparar sus constructos elaborados en base a esas fuentes con lo que ve en la sociedad que le circunda, en su microcosmos, y en la medida en que su “yo ideal” no ha logrado afirmarse con un nivel suficiente de convicción, tiende a buscar la aprobación social en la conformidad con los cánones que ve observa triunfantes en su entorno, generando su “proyecto de imagen social”. De este modo se instilan en la persona las opciones utilitaristas, que se llegarán a imponer sobre otras, de índole ética o estética, y en evitación

<sup>24</sup> Ch. H. Cooley. *Human Nature and the Social Order*. p. 136.

<sup>25</sup> Ch. H. Cooley. *Human Nature and the Social Order*. p. 136.

de la naciente disonancia con el entorno, se incurre en disonancia interior, que es mucho más preocupante.

Pero existe otra dificultad añadida a la construcción de un “proyecto de imagen social” que reduzca las disonancias con el entorno. De la misma manera que el hombre es incapaz de comprenderse a sí mismo, lo que le produce imprecisiones y errores en el conocimiento de su “yo profundo” y su plasmación en su “yo imagen”, en mucha mayor medida es incapaz de comprender la realidad social, tanto en lo que se refiere a los otros hombres y a entidades e instituciones singularmente considerados, como la propia realidad social que, como antes he dicho, no es la suma de las partes. Eso es debido a dos factores distorsionantes: el primero es que del mismo modo que él procura dar una imagen maquillada de sí mismo en su “proyecto de imagen social”, acorde con el canon social que estima asumible, es decir, en alguna medida engaña, los demás hacen lo mismo, razón por la cual le llegan imágenes distorsionadas de los demás y de sus respectivos cánones. El segundo factor es, simplemente, que su propio conjunto de defectos ópticos –de su óptica espiritual, se entiende– que le impiden conocerse a sí mismo y distorsionan su propia realidad, actúan también cuando observa a su entorno. Así pues, su percepción del entorno, hombres e instituciones que le rodean, y de la realidad social como un todo, es víctima de una doble distorsión.

De parecida manera a lo que sucedía con el “yo imagen” y el “yo ideal”, entre los que se abren abismos en la medida en que hay diferencias que se antojan insalvables cuando el hombre busca la perfección ética y estética de los cánones, y sin embargo no la encuentra en sí mismo, las diferencias entre el “yo imagen” y el “yo ideal”, por un lado, y el “proyecto de imagen social”, por otro, revelan al hombre su lejanía de la perfección que ansía en la proyección de su imagen, lo que le produce la frustración y ansiedad de atisbar su propio ser sumido en nuevos abismos existenciales. Pero si en la constitución íntima del hombre, antes examinada, esas diferencias estaban radicadas en las insuficiencias de su propio yo, cuando se trata de la integración del hombre en la sociedad se ven agravadas porque los efectos distorsionantes se multiplican. En efecto, los cánones sociales son difusos, en cierto modo, gelatinosos, pues varían según tiempos, lugares, y personas o instituciones<sup>26</sup>. Además, la imagen que los otros dan de sí mismos está sujeta a las mismas insuficiencias que las del propio sujeto, por lo que no es en absoluto fiel a la realidad del ser de los otros, sino un reflejo más o menos fiel. Así, los mimbres de que el individuo dispone para tejer el cesto de su “proyecto de imagen social”, son ciertamente deficientes. Habida cuenta de que sus habilidades para diseñar su “proyecto” están, como antes se ha visto, bastante mermaidas, lo más probable es que éste responda solamente en parte a lo que el propio agente pensaba que era útil o conveniente, y menos aún a lo que realmente lo es.

Resumiendo, sucede que el hombre, en su ansia por alcanzar el “yo ideal”, elabora o busca cánones éticos y estéticos que satisfagan su ansia de perfección, y de llegar a

<sup>26</sup> Ya en mi tesis doctoral afirmaba: “La realidad social no está compartimentada, sino que tiene consistencia viscosa, y los fenómenos están conexos sin que existan lindes claros entre ellos. Es más, esa consistencia viscosa hace que cuando intentamos aislar un fenómeno, nos encontremos con la adherencia de otros en una masa magmática sin solución de continuidad. No solamente existe el error de deslince, sino también, ‘last but not least’, el de agrupamiento. Cuando se ha logrado aceptar, quién sabe si acertar, unos ciertos criterios de deslince fenomenológico, nos encontramos con que para comprender la realidad hay que agrupar los fenómenos de acuerdo con otro sistema de criterios. Y en este agrupamiento se producen errores sistemáticos. A. Piñero. *La eficacia de la formación continua. El caso de las Cajas Rurales valencianas*, 2002, p. 241.

un “yo imagen” que le satisfaga íntimamente. Pero esos cánones, en la medida en que sean elaborados por él mismo, contendrán necesariamente elementos inadecuados, debido a su propia naturaleza imperfecta y a la limitación de sus capacidades, tanto intelectivas como volitivas. No encuentra en sí mismo, por tanto, la seguridad buscada. Diríamos que la adscripción a un canon conlleva una necesidad de que, al aproximarse el “yo imagen” al “yo ideal”, el ser humano se sienta internamente aprobado por ello, en lenguaje actual, en consonancia. A eso se refería la famosa inscripción del dintel del templo de Apolo en Delfos que rezaba “conócete a ti mismo”, que agradaba a Sócrates<sup>27</sup><sup>28</sup>, y retomó S. Agustín<sup>29</sup>. Pues bien, cuando estamos hablando de cánones sociales y de un “proyecto de imagen social” que sea acorde con esos cánones, nos encontramos con que los problemas aumentan, porque la agregación de distorsiones es multiplicativa: quienes emiten los cánones e imágenes de sí mismos, desde la sociedad, los emiten distorsionadamente. Existen distorsiones de comunicación tales como que las personas no atribuimos exactamente los mismos contenidos o significados a los mismos significantes, sean estos verbales, escritos, gestuales, o de cualquier sistema de comunicación. La comprensión del receptor es limitada, está viciada por sus propios prejuicios, y también está limitada su capacidad de elaboración. Incluso en el mejor de los casos, en que la decisión que comporta la asunción de un “yo ideal” para convertirlo en un “proyecto de imagen social” puede ser limpia y clara, la capacidad de comunicación de ese yo proyectado a los demás no es perfecta, de manera que las más de las veces no se consigue comunicar, al menos en parte, aquello que se desea. Para finalizar, las distorsiones que generan las insuficiencias de nuestros sistemas de comunicación también funcionan en sentido inverso al anterior, es decir, cuando la comunicación lo es desde el individuo a la sociedad, a los demás, que también están sujetos a las mismas limitaciones en cuanto a su capacidad de percibir correctamente y en su totalidad el mensaje enviado. El resultado es que, en muchas ocasiones, el hombre encuentra que su “proyecto de imagen social” no es aprobado, ni siquiera de acuerdo con los cánones que ha percibido de su entorno, y a los que se ha esforzado en adaptar ese proyecto. Y la situación puede ser más grave si tenemos en cuenta que en la sociedad coexisten cánones diferentes, y que su consistencia gelatinosa hace que buena parte de ellos fluyan en el tiempo, de modo que el individuo que ha tomado un canon social como modelo se puede encontrar tanto como que luego las personas cuya aprobación solicita no han elegido este, sino otro, como que simplemente, han cambiado de criterios canónicos para su propia conducta. O lo que es aún peor: descubrir que no había tal canon, era solamente una coartada coyuntural de un grupo humano que responde a intereses.

Cuando el norte es la presentación en sociedad de un “proyecto de imagen social”, el final es la soledad.

<sup>27</sup> Platón, *Filebo*, 48c.

<sup>28</sup> W. Jaeger en *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica, 1983, p.165, escribe; “Y en la puerta del templo hallaba el que entraba, en las palabras ‘conócete a ti mismo’, la doctrina de la *sofosyne*, la exhortación a no perder de vista los límites del hombre”.

<sup>29</sup> Agustín de Hipona. *Confesiones*, capítulo 10.

#### 4. *La llamada a la acción*

De la incapacidad del hombre para tener de sí mismo una imagen fiel, y de la distancia percibida en cada instante del tiempo entre su “yo imagen” y su “yo ideal”, nace una nueva dinámica. La de la acción. Antes hemos visto someramente que la dinámica dialógica entre el “yo profundo” y el “yo imagen” constituye un proceso conversacional permanente que se da en el tiempo. Por medio de ese proceso el hombre va cambiando la percepción de la propia imagen, y como veremos al tratar de la acción, va transformando cualitativamente su propio “yo profundo”. Si no existiera esa dinámica especular, que por tridimensional también he denominado trinitaria, nos hallaríamos ante un ser fosilizado, sumido en la desesperanza de la contemplación de su propio abismo. Pero no es así, la persona vive su conversación esencial consigo mismo en el tiempo, y en la medida en que intenta automodelarse en función de su “yo ideal” del momento presente, está en tensión permanente hacia un futuro incierto

el detrás ya no me sirve,  
el presente es inasible,  
busco una meta posible

La diferencia percibida entre el “yo imagen” y el “yo ideal” es lo que podríamos llamar el “déficit percibido”. No tiene porque ser un déficit real, ya que las personas no percibe su propia imagen con nitidez, y ni siquiera tienen definidos con claridad todos los elementos que configuran su “yo ideal”, pero en el fondo eso no importa, porque nos estamos moviendo en el mundo de las percepciones, y lo que estoy definiendo es el déficit percibido. Es este déficit el que ahoga al hombre, es su sensación, si se me permite la antinomia, de poseer carencias, de presentar aspectos deficientes, de estar lejos de lo que quisiera ser. La respuesta es la acción.

Esa acción puede ser de diversos tipos: correctora, maquilladora, destructora. Una acción correctora es aquella que pretende reducir las diferencias adaptando corrigiendo el “yo profundo” en aras del “yo ideal”. Este tipo de acción elimina las disonancias, en la medida en que el canon adoptado para el establecimiento del “yo ideal” sea acorde con una escala de valores que responda a la propia naturaleza del ser humano. Una acción maquilladora es la que está dirigida a corregir el “yo imagen” sin variar el “yo profundo”, y no puede eliminar las disonancias, sino tan sólo tapanlas a corto plazo. Con las disonancias pasa lo que con el agua que hierve en una olla: por mucho que la tapemos acaba saliendo el vapor por algún lado, y si no cedemos en la fuerza de contención, es probable que todo acabe en explosión. Una acción destructora es aquella que ante la diferencia se rinde, y no pretende la cobertura del déficit. Puede ser nihilista, o violenta, pero en todo caso tiende a la destrucción de la persona, nunca a su realización. Pero el desarrollo de todo ello me llevaría más lejos de lo que es posible en este escrito. Quede pues apuntado.

Alberto Piñero Guilamany  
Departamento de Sociología y Antropología Social  
Universidad de Valencia  
46071 Valencia  
albert.piñero@uv.es